

CYRILLE AILLET, *Les Mozarabes. Christianisme, islamisation et arabisation en Péninsule Ibérique* (s.IX-XIIe), Madrid, Casa de Velázquez, 2010, 418 pp. (Collection Bibliothèque de la Casa de Velázquez, 45). ISBN: 978-84-96820-30-2.

Cyrille Aillet nos ofrece en esta monografía, incluida dentro de la colección de la Biblioteca de la Casa de Velázquez, un actualizado panorama global sobre la historia de la minoría mozárabe en la Península Ibérica entre los siglos IX y XII. Aborda, pues, una cuestión a la que se han venido dedicando numerosos trabajos de investigación desde el siglo XIX hasta la actualidad, y en la que resulta muy difícil realizar avances significativos debido a la precariedad de las fuentes documentales conservadas. Por consiguiente no cabe esperar encontrar en este libro espectaculares aportaciones de carácter realmente novedoso, que iluminen aspectos hasta ahora totalmente desconocidos sobre esta minoría. Su interés radica más bien en su gran utilidad como completo y equilibrado trabajo de síntesis, que nos informa exhaustivamente sobre las distintas visiones que en torno a los aspectos más controvertidos de la historia de los mozárabes han formulado las diversas corrientes historiográficas, y las somete a crítica, poniendo en evidencia las motivaciones políticas e ideológicas que con frecuencia han estado en su base. Gracias a ello consigue ofrecernos una visión ponderada de un aspecto de la historia de España y Portugal que ha generado bastante polémica, y no sólo en el estricto terreno historiográfico, por la utilización política que en ocasiones se ha hecho de esta cuestión, fundamental de cara a la definición del papel que el Islam ha tenido en la conformación de la identidad española.

Aillet nos recuerda, en efecto, cómo la reconstrucción de la historia de los mozárabes ha sido tarea propicia para la formulación de tesis extremas, inspiradas en más de un caso por claras motivaciones ideológicas. Así, por un lado, Simonet caracteriza a los miembros de esta minoría como exitosos resistentes, refractarios a admitir cualquier influencia islámica, que con su permanencia en tierras bajo dominio musulmán habrían asegurado la continuidad de la cultura hispana de herencia visigoda. Y por esta razón, desde el punto de vista de este autor, los siglos de dominio musulmán de gran parte del territorio peninsular no habrían representado más que un simple paréntesis en la historia de España. En el extremo opuesto, por el contrario, para Mikel de Epalza los mozárabes cristianos en tierras musulmanas constituyeron una realidad de carácter marginal, hasta el punto de que sus comunidades prácticamente terminaron por desaparecer en el transcurso del siglo IX.

La obra de Aillet ofrece, en segundo lugar, un interés añadido por el esfuerzo que realiza para encuadrar el fenómeno mozárabe en el contexto más amplio de la situación de las minorías cristianas que vivieron durante la época medieval en tierras bajo dominio musulmán, preferentemente en la zona del Mediterráneo oriental. Dedicada, en efecto, bastante atención a poner en evidencia los paralelismos y diferencias que cabe percibir entre la cultura árabe-cristiana que se desarrolló en las

tierras de Oriente y la que tuvo por marco la Península Ibérica. Y desde esta perspectiva destaca el hecho de que esta última nos ha dejado un legado documental bastante menos abundante y rico que la primera, pues no en vano las comunidades cristianas que lo generaron se extinguieron, mientras que muchas de las de Oriente han tenido continuidad hasta el momento presente.

El libro se estructura en siete capítulos, de los cuales el primero nos ofrece una completa reconstrucción de la geografía evolutiva del cristianismo en al-Andalus, es decir, de la evolución de la distribución espacial de las comunidades cristianas en las tierras de la Península Ibérica bajo dominio musulmán. Particular atención se presta en este capítulo a la identificación de los centros urbanos que contaron con comunidades cristianas más numerosas y dinámicas. Y desde esta perspectiva se resaltan fenómenos tales como el hundimiento de Toledo como metrópoli eclesiástica, el posterior auge de la comunidad cristiana de Córdoba, y la posible revitalización en una fase tardía de comunidades como las de Valencia, Lisboa o Sevilla, que habría tenido lugar como consecuencia de la llegada de cristianos del norte, muchos de ellos mercenarios, a los que Mikel de Epalza llama neo-mozárabes. Por lo demás, en todo momento se hace un notable esfuerzo por complementar las informaciones extraíbles de una documentación extraordinariamente escasa con las proporcionadas por las investigaciones arqueológicas más recientes, que, no obstante, resultan en la mayor parte de los casos muy inseguras o poco concluyentes.

El capítulo segundo analiza la forma en que se definieron las fronteras religiosas en la sociedad de al-Andalus. En él se defiende la idea de que en el curso del siglo IX las últimas herencias estructurales de la época visigoda fueron perdiendo vigor, al verse transformadas por las normas del Islam, que pasaron a regir al conjunto de la sociedad, como consecuencia de la conversión cada vez más masiva de las poblaciones a la religión islámica. Pero este proceso no desembocó todavía en una primera fase en la plena integración de los contingentes de conversos en la nueva configuración social y cultural, sino que éstos continuaron conformando un grupo bien diferenciado.

En el capítulo tercero analiza el fenómeno de la existencia de cultura en lengua latina en tierras de al-Andalus, donde dicha lengua era percibida como emblema del cristianismo. Era la lengua sagrada, del mismo modo que el copto lo era para los cristianos en Egipto, el griego para los melquitas o el siríaco para los cristianos de Oriente. Por ello continuó siendo un elemento fundamental de la formación de los clérigos, y se utilizó para las inscripciones funerarias. Pero se trataba de una lengua litúrgica, cada vez más fosilizada, de modo que los cristianos de al-Andalus, aunque continuaron siendo latinos desde el punto de vista de su modelo de referencia cultural, eran unos latinos cada vez más arabizados. Así, aunque a mediados del siglo IX Córdoba era todavía un importante centro de cultura latina, en el que proliferaron los escritos en que se hacía apología del latín, pronto entró en decadencia, ante los rápidos avances del proceso de arabización.

Dicho proceso es el objeto de análisis del capítulo cuarto, que trata de reconstruirlo mediante el procedimiento metodológico del estudio detallado de las anotaciones en árabe realizadas en manuscritos latinos que circularon en territorio de al-Andalus. El capítulo quinto, por su parte, se ocupa del estudio de la producción literaria árabo-cristiana en la Península Ibérica. Se presta particular atención a las traducciones de obras en latín que se realizaron al árabe, en su mayoría de partes de la Biblia, como los Salmos o los Evangelios, y en menor medida de obras de derecho canónico, e incluso de obras de historiadores como Orosio. Se advierte, no obstante, que el fenómeno de las traducciones en al-Andalus no alcanzó las mismas proporciones que entre las comunidades cristianas de Oriente, pues se han conservado pocos testimonios manuscritos de las mismas. Y a partir de esta constatación se llega a la conclusión de que la cultura mozárabe fue menos fértil que las culturas árabo-cristianas orientales, puesto que los autores cristianos de lengua árabe ocuparon un lugar muy secundario en la sociedad y cultura de al-Andalus, al constituir una minoría cada vez más insignificante. Por otro lado también se llama la atención sobre otro interesante rasgo que caracterizó a esta cultura mozárabe, y es el de la influencia directa que sobre ella ejerció el modelo del cristianismo oriental de lengua árabe, que se manifestó incluso en el pensamiento teológico, y que debió ser resultado de la existencia de contactos entre los mozárabes y los cristianos de Oriente, revelados por algunos indicios.

En el capítulo sexto se presta atención a las interacciones que se dieron entre al-Andalus, por un lado, y los reinos cristianos del Norte, por otra, desde la perspectiva del papel que en ellas desempeñaron los mozárabes. Se da cuenta de la circulación de personas y bienes, en particular de libros, y se valora el fenómeno de la instalación de *hispani*, es decir cristianos procedentes de al-Andalus, en los reinos del Norte. Pero, sobre todo, se reflexiona por extenso sobre las enseñanzas que se pueden extraer del estudio de la antroponimia, a través del seguimiento de la presencia de nombres arabizados en los documentos, de cara a reconstruir estos movimientos de población y los procesos de aculturación.

El capítulo séptimo, por fin, nos ofrece un novedoso análisis monográfico de carácter regional, centrado en el estudio de la comunidad mozárabe en la región de Beira, ribereña del río Mondego, en el norte de Portugal, entre los siglos IX y XII. Elige para ello como hilo conductor el seguimiento pormenorizado de la trayectoria del monasterio de Lorvao, ubicado en esta región. Demuestra que cuando Alfonso III tomó Coimbra en 878 se apoderó de un territorio que había sido estructurado por el Islam, pero en el que, sin embargo, había asentada una población cristiana que había vivido a caballo entre las dos culturas, como lo demuestra la abundancia de antropónimos árabes. Tras esta primera conquista cristiana sucedió un segundo período de dominación musulmana, entre la conquista de Coimbra por Almanzor del 988, y la de Fernando I del 1064. El monasterio de Lorvao durante esta fase de dominio musulmán se esforzó por coexistir de forma pacífica con las nuevas autoridades, como demuestran las numerosas transacciones que efectuó con los notables musulmanes. Tras 1064, sin embargo, se apresuró a adaptarse a las

nuevas circunstancias, asumiendo un nuevo discurso en el que se silenció todo lo relativo a su pasada coexistencia pacífica con el Islam, y por el contrario se dio cabida a la tesis del desempeño por parte de los monjes de Lorvao de un destacado papel en la reconquista de Coimbra, que fue fruto de la invención, es decir un claro ejemplo de falsificación deliberada del pasado. Al margen de estas consideraciones sobre este interesante episodio de manipulación de la «memoria histórica», el capítulo también contiene otras valiosas aportaciones en el terreno de la aplicación del estudio de la antroponimia a la clarificación de ciertos aspectos de la historia de los mozárabes. En concreto cabe destacar la defensa que se hace de la tesis de que la abundancia de antropónimos árabes en esta región del norte de Portugal no es sólo resultado de la instalación de mozárabes procedentes del sur, es decir de los llamados *hispani*, sino que en parte traduce la influencia ejercida por el Islam sobre una población cristiana autóctona, que ya estaba arraigada en la región en la fase anterior a su primera conquista por Alfonso III en el 878. De este modo se viene a cuestionar una vez más la validez de la tesis defendida en el pasado por Sánchez Albornoz sobre la existencia de un auténtico desierto entre los reinos cristianos del Norte y al-Andalus, en la fase previa a la expansión de los primeros hacia el sur.

Máximo DIAGO HERNANDO

Instituto de Historia. CSIC. Madrid.